

REPLANTEOS EPISTEMOLÓGICOS EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR DE LAS CIENCIAS SOCIALES: DOMINACIÓN DISCURSIVA Y PENSAMIENTO CRÍTICO ANTE EL NUEVO SISTEMA HISTÓRICO

Fabián Lavallén Ranea*
–ARGENTINA–

Introducción: repensando el legado mundial científico social

En la génesis de nuestras disciplinas sociales, la visión universal de la historia estaba asociada a la idea del progreso. El aparato conceptual con el que nacen las Ciencias Sociales en los siglos XVII y XVIII, se halla apuntalado por ese imaginario, siendo el *eurocentrismo* una de sus características más definitorias. Los renombrados estudios de Immanuel Wallerstein acerca del nacimiento del “mundo globalizado capitalista”, permiten observar cómo la constitución del sistema mundo europeo, conlleva la conformación de un sistema histórico no sólo desde el punto de vista económico y material, sino también desde *las mentalidades y las representaciones*. Las investigaciones de Wallerstein tienen un importante impacto en la visión epistemológica de muchos intelectuales, ya que ha planteado toda una revisión discursiva de las Ciencias Sociales en varios trabajos, de los cuales destacamos el difundido *Impensar las Ciencias Sociales* (1998), y *Conocer el Mundo, Saber el Mundo: el fin de lo aprendido* (2001), donde objeta entre otras cosas, el *eurocentrismo* propio de la ciencia moderna, como hemos apuntado. Ya lo ha analizado López Segrera (2000) – en el prólogo a la antología de *Pensamiento Social Latinoamericano* elaborada por la UNESCO en el año 1999– el hecho que estas reflexiones epistémicas de Immanuel Wallerstein, van a incentivar un revisionismo cien-

* Licenciado en Historia y en Relaciones Internacionales por la Universidad del Salvador (Argentina). Candidato al Master en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural por IDAES-UNSAM (Argentina). Doctorando en Historia Argentina por la Universidad del Salvador. Docente e investigador Universitario.

tífico muy fructífero en América Latina, lo que convertirá al autor en referente de foros y escenarios críticos del Primer Mundo.

Wallerstein es considerado uno de los principales intelectuales impulsores del estudio de la “colonialidad discursiva” y epistemológica, campo que desde el influyente trabajo de Frantz Fanon en la década del ‘60 ha crecido en el mundo académico con gran prestigio. Sus trabajos han sido debatidos y profundizados por numerosos autores, y han iniciado una búsqueda de “alternativas” metodológicas al interior de las Ciencias Sociales. Incluso, como puede verse a partir del trabajo de Ilya Prigogine, ha sido impulsor de estos replanteos, hasta en las propias ciencias duras.

Nos proponemos en el presente artículo, esbozar algunos de los lineamientos propuestos por Immanuel Wallerstein para la consolidación de un pensamiento crítico al interior de las Ciencias Sociales, y la repercusión que tales lineamientos generan en la Educación Superior de dichas disciplinas.

Del análisis del *Moderno Sistema Mundo* a los “desafíos” disciplinares

Los trabajos de Immanuel Wallerstein son parte de un ambicioso proyecto investigativo que comenzó hace ya más de tres décadas (y aún no ha finalizado), donde se combinan teorías económicas, historiográficas y sociológicas que van desde perspectivas globales de la *Escuela de Anales* francesa, pasando por visiones marxistas, aportes de la *Escuela de Frankfurt*, hasta los estudios de Kondratieff sobre los ciclos capitalistas. En el campo de desarrollo de sus hipótesis –que abarcan más de cuatrocientos años de historia global– es esencial estudiar aquello que Wallerstein denomina la “aparición de la economía mundo en Europa”, para comprender el derrotero que tal sistema atravesará a lo largo de su existencia, la cual, según el autor analizado, está llegando a su fin tal como lo conocemos.

Wallerstein (Nueva York, 1930) quien había realizado sus estudios en la Universidad de Columbia donde se doctoró en 1959, fue marcado por el ambiente intelectual de dicha Universidad, donde era próspera la influencia de la *Escuela de Frankfurt*. Se destacó como Director del *Centro Fernand Braudel* “para los estudios económicos, sistemas históricos y civilización”, al igual que en la Dirección de Estudios Asociados en la prestigiosa *Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales* de París (*École des Hautes*

Études en Sciences Sociales), y en la presidencia de la *Asociación Sociológica Internacional* (1994-1998). En su formación intelectual fue importante el itinerario político vivido por los Estados Unidos en el Mundo de Posguerra, donde procesos tales como el *macartismo*, la crisis del 68, y la coyuntura mundial de 1973, ejercerían profundo impacto en sus elaboraciones teóricas, al igual que su origen judío, el cual le otorga un claro cosmopolitismo a su perfil intelectual, y le acerca a cultivar una clara cultura política de izquierda, “común entre ciertos medios de este tipo de inmigrantes europeos de la época” (Aguirre, 2003:13). Entre las figuras intelectuales que impactarían en el investigador, siempre se cita a Franz Fanon y su clásico *Los Condenados de la Tierra* (1961), obra que tan cara sería a las luchas del tercer mundo. Marcelo Vitarelli apunta que dicha obra, la cual se convertiría en un “manifiesto de los distintos movimientos de liberación nacional”, para Wallerstein consistió “*en un aporte considerable sobre la base social de la racionalidad, a partir de una cuidadosa investigación de las ciencias sociales de carácter reflexivo*”. Es por eso que también Wallerstein indagará sobre el *Colonialismo* en el continente africano, área de trabajo sobre la cual se detendrá duramente muchos años (Vitarelli, 2007).

Los ejes generales de la obra del pensador norteamericano pueden sintetizarse en cuatro grandes líneas, según Carlos Aguirre Rojas (2007): 1.- Una inicial búsqueda de explicar el funcionamiento del capitalismo (teniendo en cuenta el análisis global, estructural y de desarrollo) desde el siglo XVI hasta la actualidad. 2.- El estudio y análisis de los principales acontecimientos del siglo XX. 3.- El estudio histórico-crítico de las coyunturas, y las miradas prospectivas del sistema-mundo actual. 4.- La reflexión epistemológica-crítica (la cual nos interesa en este trabajo), de la necesidad de replantear o *impensar* las Ciencias Sociales actuales. Sobre este último punto, Aguirre considera que es una reflexión respecto de nuestros “*modos habituales de aprender las realidades sociales que investigamos*”, y además, de la configuración misma de la actual “estructura de los saberes constituidos” por la modernidad capitalista.

(Es una) “*crítica de las ciencias sociales actuales y de la estructura de los saberes hoy dominantes que, a diferencia de los tres ejes anteriores, no se ubica en este claro movimiento de aproximaciones sucesivas desde la historia más lejana del capitalismo hacia su más vivo presente, sino que atraviesa de modo transversal a estos tres ejes, para hacer explícitos y para criticar radicalmente los supuestos no asumidos de su propia construcción*” (Aguirre, 2007).

Es como nos dice Gandasegui (2002), una crítica “a las formas de producir conocimiento científico”, con lo cual, la obra de Wallerstein reconoce que “*estamos frente a una crisis epistemológica que se expresa por la incapacidad de la ciencia tal como la hemos construido para explicar la transición que atraviesa la humanidad*”.

A partir de un profundo estudio sobre la lógica de funcionamiento y génesis del sistema mundial capitalista, y del análisis de las crisis más recientes del liberalismo en los últimos decenios, Immanuel Wallerstein ha construido una suerte de modelo de análisis global histórico-proyectivo de enorme impacto académico, el cual, incorporando conceptualizaciones *braudelianas* y perspectivas marxistas, permite entrever los ciclos de expansión y contracción que tal sistema posee internamente, y modelo que a su vez, invita a reconsiderar y cuestionar la forma de “entender el conocimiento social”. El autor a partir de estos trabajos comenzó a ser considerado en muchos debates referidos a la relación entre “poder y conocimiento”, y a difundirse entre intelectuales de América Latina y todo el tercer mundo, entre los que podemos destacar al prestigioso crítico literario y profesor de Literatura de Duke University de EE.UU., Walter Mignolo (Boris Berenzon, 2004), quien ha trabajado sobre las implicancias de los replanteos metodológicos de Wallerstein al interior de las Ciencias Sociales. Otro caso importante es el de Aníbal Quijano, quien sería el responsable de introducir el concepto de “Colonialidad del Poder”, en el importante estudio *Colonialidad y Modernidad/Racionalidad*, visión que se amplificaría en sus implicancias teóricas al expandirse el concepto de *Colonial/Moderno Sistema Mundo*, sobre todo a partir de la publicación conjunta que realizaría junto a Wallerstein (1992) titulada *Americanity as a Concept or the Americas in the Modern World-System*. Asimismo, otro de los investigadores que podemos citar como un recurrente estudioso de los trabajos de Wallerstein, es su discípulo y colega Carlos Antonio Aguirre Rojas (México; 1955), Doctor en Economía (UNAM), científico social y teórico, y quien ha sistematizado gran cantidad de escritos referidos al pensador que nos ocupa, como así también sobre la Historiografía Francesa y la Historia Económica.

Cuando en 1974 Immanuel Wallerstein publicó su primer libro abocado al estudio de la economía mundo capitalista –puntualmente sobre su génesis– el esbozo de su tesis sobre las circunstancias actuales del sistema mundial generó una “revolución académica” en el campo de la historiografía y la sociología. A partir de las innumerables críticas desper-

tadas por su investigación, el pensador dedicó las décadas siguientes a un profundo y sistemático estudio de los ciclos posteriores del sistema, a lo que aún hoy (2008) sigue abocado. Eso lo llevó a complementar su trabajo con obras de enorme divulgación, como el libro *Después del liberalismo* (1996), donde además de cuestionar la supuesta “bi-polaridad” de la Guerra Fría, plantea que a partir de 1989-1991 ha comenzado una gran crisis de todo el sistema mundial, caracterizada por el “desorden sistemático”, la disgregación y el caos, crisis que también acelera la *fase final del capitalismo* y del sistema social que conocemos, incluyendo en este cambio, la alteración de las representaciones científicas que poseemos.

Las conclusiones del modelo de análisis del Sistema Mundo de Wallerstein, tendrán entonces, una gravitación no sólo historiográfica y política sino que también epistemológica. Si la Ciencia Social “es un producto del Sistema Mundo Moderno” (2001), el cual, como sistema histórico “está llegando a su fin”, ¿que puede esperarse de las disciplinas científicas cuando la estructura política, social, económica y mental que les dio origen se transforman? Este tipo de cuestionamientos iniciarán toda una línea de estudios al interior de las Ciencias Sociales en nuestra región, líneas de trabajo vinculadas al impensar las Ciencias Sociales, como puede constatarse en el importante trabajo editado por la *Unidad Regional de Ciencias Sociales y Humanas para América Latina y el Caribe de la UNESCO* (1999) a fines de la década del noventa, donde, tomando como “puntos de partida” las obras de Braudel, Wallerstein, Morin, Quijano y otros, se compendió una titánica antología de *“Pensamiento Social Latinoamericano en el siglo XX”* en dos tomos, teniendo como horizontes las premisas de: *superar la crisis de paradigmas, repensar y reubicar* las ciencias sociales en un papel de centralidad, establecer un *conjunto de prioridades* en las Ciencias Sociales de nuestra región para dar respuesta a las principales urgencias, y sobre todo, intentando lograr una “nueva síntesis teórico metodológica”.

Este importante trabajo de la UNESCO, reconoce como bien detalla el prologuista López Segrera (a quien ya nos hemos referimos) que la obra fue realizada para contribuir al “impensar” las Ciencias Sociales, tal como lo impulsara Wallerstein en su libro homónimo (*Impensar las Ciencias Sociales*), al que también consideran como uno de los “hitos metodológicos” de dicha reflexión. A partir de esto, podemos sugerir entonces que las indagaciones de Wallerstein sobre el desenvolvimiento del Mundo Moderno y sus premisas científicas, se han convertido en sistemáticos im-

pulsores de trabajos críticos y revisionistas de las ciencias en el Tercer Mundo. Para entender el germen de tal impulso, es importante esbozar su modelo.

Carlos Aguirre sintetiza el modelo de análisis del *moderno sistema mundo* de Wallerstein como una “perspectiva totalizante” y “simultáneamente crítica de la historia”, y de la situación actual del moderno capitalismo, que naturalmente se ha edificado a partir de la recuperación de “una parte importante de las mejores tradiciones” del pensamiento social crítico (de los últimos 150 años), puntualmente, “del aún vigente aporte de la obra de Carlos Marx”. Como ya lo hemos desarrollado en otros trabajos (Lavallén Ranea, 2008), podemos considerar que la consolidación del sistema histórico que se inicia con la emergencia del capitalismo, ha construido una representación epistémica, que arraigada desde la Modernidad Occidental, comenzó su lento resquebrajamiento a partir del Romanticismo Europeo.

El Romanticismo puede considerarse una *reacción* de desencanto hacia la Modernidad, un giro de nostalgia hacia el pasado del *Mundo pre-Moderno* no alienante, un movimiento que expresa la “insatisfacción” con la concepción y el ritmo del mundo constituido por Occidente desde el Renacimiento. Estas figuras decimonónicas encuentran su herencia en la América Latina del siglo XX (entre otras), sobre todo a partir de las “visiones críticas” de la Globalización, en conceptos como colonialidad del poder, o con la institucionalización de redes de investigación y transferencia del conocimiento no tradicionales, prácticas que Wallerstein ha impulsado e incentivado en las últimas décadas, lo que implica un enorme impacto en las formulaciones de enseñanza superior de las Ciencias Sociales.

“Uno de los temas más importantes y discutidos de la teoría social contemporánea durante las últimas décadas ha sido la relación entre modernidad y colonialidad. Las teorías poscoloniales en el mundo anglosajón han contribuido mucho a mostrar la complicidad entre el proyecto científico, económico y político de la modernidad europea con las relaciones coloniales de poder establecidas desde el siglo XVI y los imaginarios sociales allí generados. También desde los Estados Unidos y América Latina se han producido importantes reflexiones sobre este tema que se alimentan de tradiciones intelectuales muy diferentes a las asumidas por los “Postcolonial Studies” (...) y por último hay que mencionar las contribuciones hechas desde la perspectiva del Análisis del sistema-mundo desarrollado por Immanuel Wallerstein.” (Castro Gómez, 2007).

Las sociedades occidentales se han desarrollado históricamente, en su organización material específicamente, posibilitando varios de los más grandes avances tecnológicos y productivos que el hombre ha conocido. El acervo cognoscitivo de la civilización europea, en avance progresivo y a gran escala desde los inicios de la Modernidad, ha logrado expandir su impacto hacia todo el mundo, amplificando los beneficios económicos que su dominación tecnológica le permitía. Los esquemas mentales que apuntalaron su construcción material como civilización, también se fueron expandiendo progresivamente. Hoy en día el pensamiento social crítico, pretende cuestionar estos supuestos, partiendo del reconocimiento que el orden vigente pretende “absorber” toda resistencia, como bien nos dice Leon del Río, Yohanka (2007).

“El pensamiento social crítico se define a partir de la tarea teórica que asume en la actualidad: poner a punto la actitud crítica que lo caracteriza ante un orden social que persigue cooptar y absorber toda resistencia y práctica adversaria hacia él. (...) El pensamiento social crítico se configura desde una empresa reflexiva y teórica y por un enfoque holístico e integral acerca de la necesidad real de evaluar y reelaborar críticamente los aparatos conceptuales de la ciencia social crítica, aunados por el objetivo de buscar soluciones post-capitalistas, formular y reivindicar alternativas constructivas ante el capitalismo en general y el neoliberalismo en particular, pensando sus desafíos de viabilidad, repensando las posibilidades del socialismo en las actuales condiciones históricas.” (León del Río, 2007).

Los procesos de socialización de la modernidad, han consolidado una relación cognoscitiva donde, para muchos intelectuales, la *dominación cultural* es su primer apuntalamiento. Siguiendo esta visión, el abordaje de la realidad es realizado a partir de una ideología dominante que “eterniza” tales relaciones de poder, e incluso, hasta condicionan la personalidad del hombre a partir de “axiomas morales”, generando una conducta que se traduce a partir de dichos preceptos, y consolidando una suerte de “fuerza preservadora” de la sociedad. Es por ello que todo intento de cambio de las condiciones materiales, para quienes aceptan esta hipótesis, conlleva la condición *sinecuanum* de transformación discursiva, cultural, relacional. Dicho en otras palabras, las modificaciones estructurales y políticas del mundo a lo largo de las diversas épocas históricas, se retroalimentan mediante la transición también de los esquemas de pensamiento, de los “nuevos mundos” en las construcciones menta-

les. Es decir, que toda alteración material conlleva una modificación sustancial de las Representaciones Sociales, y entre estas, de las formulaciones epistémicas particularmente.

Sobre este último punto, la *Escuela de Annales* de Francia ha tenido un sistemático trabajo en materia de análisis a lo largo del siglo XX, puntualmente en lo que hace a las construcciones mentales de cada época histórica, y la relación que las mismas poseen con la consolidación del poder político. Dicha Escuela también, sobre todo por intermedio del prestigioso historiador Fernand Braudel, ejercerá enorme influencia en el proyecto de investigación de Immanuel Wallerstein (como el propio autor lo ha reconocido en varias oportunidades), lo que enriquecerá la obra de éste último con una permanente preocupación sobre los imaginarios sociales.

Discursos hegemónicos e imaginarios modernos

Sobre los discursos hegemónicos, han sido muy importantes por ejemplo las indagaciones sobre el Feudalismo por parte de Georges Duby y Jacques Le Goff. *Annales* ha trabajado en todo aquello que podemos denominar *Historia de las mentalidades colectivas*, que ya era pregonada por el mismo Marc Bloch varias décadas antes, y que fuera considerado también como área importante de estudio por Durkheim. Éste último, según Peter Burke, prefería utilizar el concepto de “representaciones colectivas”, mientras que algunos sociólogos y antropólogos contemporáneos utilizan el de “sistema de creencias”, “formas de pensamiento”, o *mapas cognitivos* (Burke, 1987).

Duby consideraba que la ideología no es un “reflejo de lo vivido”, sino un proyecto de acción sobre él. Por eso apuntaba que para que la acción “*tenga alguna posibilidad de ser eficaz, la disparidad entre la representación imaginaria y las realidades de la vida no deben ser demasiado grandes*” (Duby, 1983). Todo sistema de representaciones posee una *función histórica* en el seno de una sociedad dada. Duby particularmente estudió las actitudes mentales y las conductas colectivas que imperaron durante el éxito del Feudalismo, observando que para apuntalar al mismo, se organizó desde el poder “ideológicamente” a la sociedad medieval, dentro de un *esquema trifuncional* donde cada integrante de la comunidad cristiana tenía un valor en su trabajo diario como parte de *un todo* regulado. Para ese estudio se basó en varios discursos de eminentes monjes medievales franceses,

que explícita o implícitamente dejaban entrever *los valores* que le asignaban a cada función dentro de la Sociedad Cristiana, los que llegaron incluso hasta la tardía Edad Media.

Foucault, quien posee innumerables conexiones con el proyecto de *Anales* y del propio Wallerstein, analizó desde distintas perspectivas esta relación entre el poder y la *construcción de la realidad*. Indagó en la relación del poder con la “construcción de una imagen” de una porción de esa sociedad (los locos, libertinos, vagabundos, delincuentes, etc). Como puede verse en trabajos como *Historia de la Locura en la Época Clásica; La Verdad y las Formas jurídicas; Vigilar y Castigar (Nacimiento de la prisión)*; y el curso *Los Anormales* de 1975, aplicando una metodología genealógica Foucault aborda la representación de *los anormales* como elementos constitutivos del sistema ideológico. Si entendemos a «los excluidos» como *parte de un sistema ideológico*, implica que pertenecen a un universo de imágenes, mitos, creencias, con “un rigor y una lógica propia”, y que por lo tanto poseen una funcionalidad, una *instrumentalidad* histórica muy concreta, la cual, dice mucho de la sociedad que este campo imaginario (y normativo) está regulando, o a la que *intenta darle forma*.

El imaginario social entonces, se forma a partir de los discursos (aspecto simbólico), las prácticas sociales y los valores (aspecto concreto) que circulan en una sociedad (Díaz, 1998). Actúa como «regulador de conductas» (por adhesión o rechazo), tratándose de un dispositivo móvil, cambiante, impreciso y contundente. Produce materialidad, es decir, que “produce efectos concretos sobre los sujetos y su vida de relación, así como sobre las realizaciones humanas en general”. Por eso debemos comprender que existe una notable diferencia entre la “imaginación” individual, y el “imaginario” colectivo. La imaginación es una facultad psicológica individual, que permanentemente “juega con las representaciones, las recrea, e inventa otras realidades posibles”, es una creación del espíritu individual, y un permanente cuestionamiento de la realidad establecida, del orden impuesto, del mundo material. Por el contrario, el imaginario (ahora en términos colectivos) no es simplemente la sumatoria de todas las imaginaciones particulares o singulares, sino que es producto de una *compleja red de relaciones entre discursos y prácticas colectivas*, las que a su vez, siguen interactuando con las imaginaciones individuales.

Es decir, que las representaciones grupales en su relacionamiento con las individuales, construyen a partir de las *coincidencias* valorativas singulares, y a partir también de *las resistencias*. El imaginario social cobra “for-

ma propia”, instalándose en las distintas instituciones que componen la sociedad misma. Un imaginario no suscita uniformidad de conductas, sino que más bien señala tendencias y refleja las situaciones conflictivas. Pero de la interrelación entre los discursos y las prácticas, también surgen valores, “apreciaciones acerca de la realidad», delimitándose las ideas de bien y mal. El trabajo de Foucault, puntualmente, busca elaborar una genealogía de esos valores, haciendo hincapié en los procesos de cambio de las diversas prácticas sociales. Entender esos valores, es discernir sobre las representaciones de la sociedad toda, y comprender finalmente la estructura del imaginario colectivo.

En las últimas décadas se ha incrementado notablemente el número de trabajos dedicados al análisis de la obra Foucault. El pensador francés es un hombre de difícil encasillamiento, que rehusó constantemente “alinearse en ninguna de las principales corrientes del pensamiento social occidental” (Ball, 1991). Foucault tuvo como principal interés la *historia del pensamiento científico*, particularmente el desarrollo de “las técnicas de poder y dominación”, y por la arbitrariedad de las modernas instituciones sociales. Observaba que hay un conjunto de elementos de dominación, que pueden ser tanto *enunciados científicos* (elementos discursivos) como medidas punitivas directas, hasta medidas administrativas, institucionales, arquitectónicas (el panóptico), prácticas morales, etc., que determinan que el hombre *sienta, piense y actúe* en determinada dirección.

Cuando aparecen las crisis, es decir, determinadas coyunturas de cambio donde todo aquello que nos fue útil en determinado momento para abordar la realidad *ya no es útil*, es cuando estas prácticas recobran actualidad para “eternizar” el sistema histórico, pero también, donde las reacciones a las representaciones sociales que apuntalan las condiciones materiales se hacen más evidentes.

El siglo XIX expresó diversos “malestares” acerca de las representaciones del Mundo Moderno. Pero reaccionar hacia la Modernidad era también reaccionar hacia el sistema científico tal como lo conocíamos. Los presupuestos fundantes de todo el edificio de los saberes sociales, habían sido construidos por la Modernidad misma, e incluso el aparato conceptual con el que nacen las Ciencias Sociales en los siglos XVII y XVIII, se hallan también apuntalados por este imaginario, como ya hemos dicho en la primera parte. Su consecuencia más notoria en la enseñanza de las Ciencias Sociales, según los autores citados, ha sido el *eurocentrismo*, el cual ha contribuido a la búsqueda de «superación» de los rasgos tradi-

cionales de las sociedades de la periferia, y también a transformar las culturas (entre ellas la latinoamericana) a imagen y semejanza de las sociedades europeas. Este *eurocentrismo* es una concepción histórica a partir de la cual se acepta la idea que Europa Occidental es el núcleo central del desenvolvimiento histórico y material, y por ende, muchas de sus concepciones acerca del conocimiento serán condiciones *sinecuanom* para el reconocimiento disciplinar de cualquier campo de estudios. Entre otras ideas, el postulado de que la vida “integralmente” debe someterse al control del hombre, e incluso, que el mundo social debe también estar supeeditado a ese control, han sido algunos de los axiomas históricos de la vida moderna, lo que se complementa con el concepto moderno de Estado, garante indispensable de la organización racional de la vida colectiva según la modernidad.

Pero como bien dice Wallerstein, este “proyecto de organización y control de la vida humana” necesitó de otros elementos que faciliten su desarrollo: el apoyo brindado por las disciplinas sociales. Es por eso que las mismas “*se convirtieron aquí en una pieza fundamental... El nacimiento de las Ciencias Sociales no fue un fenómeno aditivo a los marcos de organización definidos por el Estado, sino constitutivo de los mismos...*” (Wallerstein, 1998). Era prioritario construir una suerte de “plataforma de observación”, nos dice Wallerstein, sobre el mundo social “que se quería gobernar”. Y sin la colaboración de las Ciencias Sociales, el Estado *no hubiese* tenido la capacidad de aplicar dicho control sobre la vida de las comunidades. Como agrega Castro Gómez (1999), las taxonomías elaboradas por las Ciencias Sociales no se limitaron “*a la elaboración de un sistema abstracto de reglas llamado ciencia, sino que tenían consecuencias prácticas en la medida en que fueron capaces de legitimar las políticas regulativas del Estado...*” Según el autor, la necesidad práctica que permitió el origen de las Ciencias Sociales desde el punto de vista científico, fue esta de «ajustar» la vida de los hombres, y por ello, todas las políticas y las instituciones estatales (entre ellas la escuela) “vendrían definidas por el imperativo jurídico de la modernización”.

Transformaciones históricas y Utopías sociales

López Segrera se pregunta en *Abrir, impensar, y redimensionar las ciencias sociales de América Latina y el Caribe* (1999), si es posible realmente una Ciencia Social *no eurocéntrica* en nuestra región. Para ello decide comen-

zar observando los axiomas que nos propone Wallerstein como alternativas de cara al siglo XXI: por un lado, la reunificación epistemológica de las “denominadas dos culturas” (la de las ciencias y *la de las humanidades*). Por otro lado, la reunificación organizacional de las ciencias sociales; y por último la asunción por las ciencias sociales de un papel de centralidad. Por eso para Segrera la obra de Immanuel Wallerstein, al igual que la de Prigogine y la de Edgar Morin, “*se encuentra en la vanguardia de la reflexión prospectiva sobre las ciencias sociales*”, y constituye “*una crítica al eurocentrismo y una superación de sus paradigmas*”.

Sin dudas uno de los campos de trabajo más interesantes donde Wallerstein ha incurrido teniendo en cuenta estas premisas, es en el de las *proyecciones* y los *estudios del futuro* en las Ciencias Sociales. Wallerstein considera que el futuro debe ser un “objeto” de nuestras disciplinas, incluso la utopística como él la llama, ha sido un componente histórico de las mismas, las cuales, deben basarse en lo posible en “tendencias existentes”.

“Si bien ahora tenemos claro que no hay certeza sobre el futuro ni puede haberla, sin embargo, las imágenes del futuro influyen en el modo en que los seres humanos actúan en el presente. Los conceptos de utopías están relacionados con ideas de progreso posible, pero su realización no depende simplemente del avance de las Ciencias Naturales como muchos pensaban, sino más bien del aumento de la creatividad humana y de la expresión del ser en este mundo complejo” (Wallerstein, 1999).

La *utopística*, a diferencia de la utopía, es para Wallerstein «*la evaluación seria de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos*”. Es para el autor una “evaluación sobria, racional y realista” de los diversos sistemas sociales humanos, y de sus propias limitaciones. Es todo un “ejercicio intelectual” de la creatividad humana, puesta en función de un futuro alternativo, plausible, aunque incierto. Por eso no es casualidad que en los tiempos de fundamentación epistemológica de las Ciencias Sociales (entre los siglos XVIII y XIX) se elaboren un sin número de utopías sociales y proyecciones muy distintas a las realizadas hasta ese momento.

A diferencia de la utopía clásica, la cual era la leyenda o relato sobre una isla perdida, en la que una sociedad perfecta es ignorada por el resto de la humanidad (rasgos que se deben en enorme medida a la herencia

de Tomás Moro, y a los antecedentes griegos de Platón, y los medievales de *El Edén*, *Cucaña*, etc), en las *utopías sociales* del Romanticismo ya está presente el “desencanto” y la “decepción” que caracterizan a los movimientos reaccionarios con el imaginario moderno, como hemos comentado. Wallerstein observa que las coyunturas de cambios de paradigmas actuales, son propicios para incentivar nuevamente los “estudios de futuro”, que sin construir terrenos fantásticos, pongan a prueba la creatividad del hombre especulando sobre el desenvolvimiento social próximo.

Así como puede observarse una notable diferencia entre las utopías de la Edad Media y las Modernas del siglo XVIII, hoy en día es tiempo de reincorporar las proyecciones sociales al terreno de las disciplinas. En la Edad Media la utopía era un Paraíso maravilloso e imposible, en cambio en el siglo XVIII la utopía es menos celestial, e intenta ser “puesta en práctica”, como por ejemplo las utopías pedagógicas. Como lo apunta Lewis Mumford, quien consideraba que la diferencia entre unas y otras está en el hecho que las primeras son “castillos imposibles”, y las segundas, proyectos de maestros de obras, arquitectos, que nos ayudan a construir una casa “que colme nuestras necesidades esenciales”.

Pues bien, durante el proceso de cambio del siglo XVIII hacia el siglo XIX, aparecen las utopías de Thomas Spence (*Descripción de Spensonia*), y de Francois Noel Babeuf (*Manifiesto de los iguales*), utopías que corren paralelas a las tres grandes revoluciones: La Revolución Francesa, La Revolución Industrial, y la Independencia de los Estados Unidos. Luego de tan profundos cambios, las utopías (y principalmente en Francia), contienen toda una carga política dirigida hacia las masas trabajadoras (tanto campesinas como ciudadanas), lo que las diferencia notablemente de las anteriores. Toda esta nueva corriente, va a conocerse como Socialismo Utópico, y aunque está orientada a la clase obrera, no puede decirse que estaba aún bien definida. Dentro de esta corriente puede encontrarse al Conde Henri de Saint Simón (*Carta de un habitante de Ginebra a sus contemporáneos*, y la famosa *De la organización europea*), quien tendrá una importantísima fidelidad de seguidores en nuestro país. Escritos como los de Saint Simón, y en general los de los Socialistas Utópicos, sitúan sus utopías en el futuro, y no en lugares exóticos o inhóspitos. Hasta Julio Verne, quien ha tenido una notable influencia del Socialismo Utópico a través del editor de toda la vida, Hetzel, pasó por este mismo itinerario, situando las utopías primero en “lugares desconocidos” (islas, meteoritos), y luego en el futuro (*El Eterno Adán*), tal como lo analiza en profundidad el

estudio de Jean Chesneaux (1973). Sin dudas uno de los socialistas utópicos más importantes es Charles Fourier (1771-1837), quien elaboró una fuerte crítica a la sociedad burguesa (*El nuevo mundo industrial, Teoría de los cuatro movimientos*, etc.), y criticó duramente el parasitismo de los comerciantes, los abusos de la competencia liberal, el poder de los monopolios, los errores de la agricultura, y la proletarización de las masas. Fourier le ha dedicado un importante espacio a las “consideraciones sobre la alienación” derivada de la monotonía en las fábricas, la esclavitud de las mujeres, y la corrupción política y moral, doctrinas muchas de las cuales fueron continuadas por el discípulo Victor Considérant (*El Destino Social del hombre*), que ha tenido un notable impacto en los Estados Unidos, hasta inaugurarse toda una corriente conocida como *fourierismo*, entre los cuales se destacan el filósofo Emerson, y el inclasificable Henri Thoreau (*Walden*).

La segunda mitad del siglo XIX se caracteriza por una serie de nuevos intentos de utopías, pero fundamentalmente hacia fines del siglo, y como parte de una serie de especulaciones sobre las sociedades futuras –para algunos llamadas “utopías científicas” (Abraham, 2004) entre las cuales se destacarían las de Sir Bulwer Lytton (*La Raza Futura*), la de Samuel Butler (*Erewhon*), y la obra de Edward Bellamy (*El año 2000. Una visión retrospectiva*). *La Raza Venidera* de Lytton, se incluye aún en la categoría de utopías literarias, como la clasifica Munford (1968), y es considerada una obra maestra de la sátira utópica, y una de las primeras novelas de ciencia ficción de la literatura inglesa (Weeks, 2001). Samuel Butler, con su *Erewhon; un mundo sin máquinas*, satiriza las tradiciones religiosas y la moralidad de la sociedad inglesa victoriana, pero fundamentalmente arremete contra las tecnologías hijas de la revolución industrial, y realiza el que es para muchos el más importante libelo *anti-maquinista* de la literatura contemporánea. Incluso para el escritor Jaime Rest, en el estudio introductorio a una edición reciente a *Erewhon*, la obra es un resumen perfecto “de los miedos actuales al ordenador, la máquina perfecta, embrión del futuro robot” (Rest, 1999). También podemos mencionar a Edward Bellamy, quien será una bisagra notable en esta serie de utopías. Según Eric Fromm, leer su libro es importante no sólo porque nos da una visión imaginativa “de cómo podría organizarse una sociedad racional, sino también porque nos muestra todos los problemas con los que nos enfrentamos hoy día”. (Fromm, 2000). *El año 2000* tendrá un éxito de ventas atípico, incluso en nuestro país, éxito que no sólo se debe al mérito literario –como dice

Teodoro Reinach en una introducción de 1890, sino que también por las ideas “que pone en movimiento” (Reinach, 1909). Esta novela puede tomarse como ejemplo del cambio de perspectiva, al situar ahora la utopía en el futuro próximo, y no en lugares exóticos como hemos apuntado. Ya con esta serie de obras podemos hablar de un “imaginario social”, que recurrentemente especula sobre la evolución de la sociedad ante las nuevas tecnologías (como esta ocurriendo permanentemente en la novelística y en la filmografía actual) y cambios acelerados.

Las utopías sociales, alejadas de todo determinismo (incluso satirizándolo) y del rígido cientificismo, pusieron a prueba la creatividad del hombre en momentos de cambios abruptos, y evidenciaron muchos puntos de desacuerdo, insatisfacción y desengaño de algunos intelectuales con el sistema vigente en aquellos años.

Como nos dice Bronislav Baczko (1999), “*los sueños de una sociedad distinta ya no están ubicados en islas imaginarias, sino que es en el futuro donde la esperanza los proyecta como si estuvieran al alcance de la mano*”. Es la aparición de un “futurismo social”, futurismo que como nos dice Margarita Gutman, “en cualquiera de sus formas, integra siempre, con mayor o menor peso, la vida y el imaginario de toda sociedad”.

“Las distintas miradas hacia el futuro califican a la sociedad que las construye y hablan más de ella misma que del futuro que proyectan. Hablan de una forma de conocimiento, de un diagnóstico y de una crítica a la sociedad en la que emergen, hablan de sus deseos y de sus formas, hablan de sus ilusiones y de sus miedos”. (Gutman, 1995).

Braczo nos dice que *Imaginarios sociales* es el término más adecuado para este tipo de utopías, cuando complementan una serie de “*representaciones colectivas, ideas, imágenes de la sociedad global y de todo lo que tiene que ver con ella.*(...) *Una de las funciones de los imaginarios sociales consiste en la organización y dominio del tiempo colectivo sobre el plano simbólico*”. Pues bien, para formalizar un cambio de paradigmas, y la reconstrucción de los supuestos científicos, una nueva formulación de los “estudios del futuro” en las Ciencias Sociales serían fructíferos para varios intelectuales. Es por eso que la *utopística*, como bien nos dice León del Río, es para Wallerstein “un giro” en el sentido de la acción social *hacia la racionalidad material*.

“Wallerstein se propone un análisis del movimiento histórico social revalidando el sentido de la racionalidad material, considerando no sólo la construcción de un orden social sino su legitimación y cuestionando a partir de su esquema de sistemas mundos, la validez de los argumentos que constituyen la racionalidad material. Pensar la utopía para Wallerstein es replantear las estructuras del conocimiento y de lo que en realidad sabemos alrededor de cómo funciona el mundo social. La utopística sería, por tanto, un giro en el sentido de la acción social hacia la racionalidad material y en consecuencia, el rescate del sentido histórico de realidad.” (Leon del Rio, 2007).

Repensando la Educación en las Ciencias Sociales

El sesgo “occidentalista” de las Ciencias Modernas, y todos los problemas que ello ha generado es algo reconocido por los nuevos paradigmas y epistemologías. Los problemas disciplinares son muchos, pero sin dudas uno de los de mayor impacto como hemos citado, es la relación de dominación cultural que trajo aparejado. Por citar un ejemplo, se puede considerar la colonialidad lingüística, como lo analiza Fernando Garcés en un destacado trabajo colectivo reciente.

A partir de esto, la actual crisis de muchos supuestos modernos son tomados como oportunidades y alternativas históricas de cambio en la representación epistémica global, como una *coyuntura de cambio* para el apuntalamiento de nuevos abordajes científicos, y por ende, para el inicio del fin de esa “colonialidad del poder”, como bien lo trabaja Lander (2000). Las condiciones en las que surgieron los paradigmas eurocéntricos han cambiado, y el contexto histórico-cultural del cual se ha nutrido el imaginario y el ambiente intelectual de las disciplinas sociales están en un irrefrenable proceso de alteración. La sociedad europeo-occidental como expresión más avanzada del sistema histórico, el carácter universal de dicha experiencia europea, las formas del conocimiento desarrolladas para la comprensión de esa sociedad que fueron asimiladas como únicas formas válidas y objetivas, y en general el meta-relato de la modernidad como dispositivo de conocimiento, son discutidos desde el conocimiento informal, hasta en la Educación Superior. Apunta el citado Lander que la institucionalización a lo largo del siglo XX de las ciencias sociales en las casas de estudio de nuestra región, sólo alteró “parcialmente” la hegemonía del discurso europeísta y occidental. Es decir, que nuestras

universidades en su mayoría reprodujeron y amplificaron dichos discursos, y que los “dogmas liberales del progreso, desarrollo, y el binomio atraso-modernización” fueron incorporados como premisas “en una lectura que –en consecuencia– hacia pocas concesiones a la especificidad de la realidad estudiada.” Señala también que la sociología de la modernización “ha sido la expresión más nítida de este positivismo científico colonial (...). En el marxismo latinoamericano, Mariátegui es la máxima expresión de la tensión con las miradas eurocéntricas, pero éstas terminan por hacerse dominantes tanto en el mundo académico como en la acción política” (Lander, 2000).

Un pensador que ha reflexionado sobre estas contradicciones, y que ha realizado notables aportes a las Ciencias Sociales de América Latina desde ésta línea de trabajo, es seguramente Atilio Borón (Segrera, 1999; 19). En un artículo publicado en CLACSO, esboza los principales retos que afrontan las Ciencias Sociales en nuestra región, donde destaca como un hito importante el trabajo realizado en torno al informe *Gulbenkian*, el trabajo colectivo coordinado por Immanuel Wallerstein del cual se pueden observar las principales conclusiones en libro *Conocer el Mundo, saber el mundo* (Wallerstein, 2001). Borón nos dice que Wallerstein a través de dicho informe, nos invita precisamente a «impensar» las ciencias sociales, o sea, “repensarlas pero a partir de premisas radicalmente distintas a las convencionales”.

“No se trata de volver a recorrer con el pensamiento el mismo camino ya trillado. Repensar, en este caso, y ante la gravedad de la crisis que afecta a todo ese conjunto de disciplinas, significa «impensar» las ciencias sociales. ¿Por qué? Porque en el mencionado informe – documento centrado en el desarrollo de las ciencias sociales de los países avanzados, que supuestamente estarían al margen de ciertos problemas que nos afectan gravemente a nosotros– el diagnóstico reviste tal gravedad que los académicos involucrados optan por hacer una explícita y urgente convocatoria a repensar todo desde nuevos comienzos”.

Para Borón, a las causas que alimentan la crisis de las ciencias sociales en los países más avanzados, se le deben agregar “dos factores que merecen una consideración especial”: el triunfo ideológico del neoliberalismo (toda una filosofía integral), y el auge del postmodernismo (entendido como un pensamiento propio de la derrota, el “resignado reconocimiento de que ya no hay transformación social posible”). Para el pensador

argentino la principal consecuencia de toda esta “desafortunada confluencia de tradiciones teóricas e ideológicas”, particularmente en el terreno de la sociología, ha sido el “abandono” del modelo clásico de investigación que tuvo vigencia en América Latina, particularmente, de aquellos proyectos donde se conformaba un equipo dirigido por uno o más investigadores junto con un grupo de jóvenes estudiantes que trabajaba en un plan de largo aliento. Este andamiaje institucional “fue barrido, con diferentes grados de radicalidad” según los países, por las políticas neoliberales del Consenso de Washington, donde las instituciones de enseñanza e investigación creadas y sostenidas por el Estado fueron reemplazadas por el «modelo de consultoría», no quedando una investigación social de largo aliento.

Por ejemplo, explica Borón, que se ha institucionalizado un nuevo modelo de investigación que en nada se parece a los cánones más elementales de una metodología científica. Hoy se ha hecho común que se elaboren investigaciones breves, acotadas, realizadas sobre la base de otro tipo de soportes institucionales, como por ejemplo las consultoras o firmas de consultores, públicas y privadas. En este punto es preocupante el hecho que dentro del panorama de la sociología latinoamericana, puede verse la transformación de algunos antiguos centros de investigación, en casi empresas de consultoría, “fenómeno que se observa en casi todos los países en la región”. O por citar otro ejemplo, el hecho que la abrumadora mayoría de los estudios sobre la pobreza en América Latina, utilizan los modelos teóricos desarrollados por el Banco Mundial, construidos a partir del supuesto de que la pobreza es un fenómeno que debe ser atacado de manera focalizada. Estos son sólo algunos ejemplos que acerca el investigador, para enfatizar la urgente necesidad de recuperar el “pensamiento crítico” en América, que cuestione los paradigmas epistemológicos históricos, aunque, expresa claramente, aún tiene cierto escepticismo de que sea posible un proyecto de renovación del pensamiento crítico en el seno de la Academia, donde es muy difícil que puedan cuestionarse los “saberes establecidos” (punto en el que destaca la oposición a veces irreconciliable entre el académico-científico y el intelectual). Este último punto, Walter Mignolo (2001) lo ha trabajado en un reciente libro analizando la “producción del conocimiento” en las Ciencias Sociales, donde se descubren distintas “formas de la violencia” de los países centrales sobre los periféricos. Tomando como antecedentes elementos de *la filosofía de la liberación, la teoría de la dependencia y la teología de la liberación*, Mignolo

destaca la vigencia del cuestionamiento al centralismo de la “geopolítica del conocimiento”. En su diagnóstico las *formas del pensar las ciencias* siguen siendo eurocéntricas, teniendo un sesgo casi de “subordinación”, muchas de las producciones científicas de nuestra región.

En definitiva, estos trabajos nos dan una suerte de diagnóstico crítico, donde se evidencia una necesidad general de replanteo disciplinar. Dicho replanteo conlleva un cuestionamiento de todo el acervo intelectual, incluso de varias de las nociones más generales.

En otros de sus trabajos, *Las incertidumbres del saber*, Immanuel Wallerstein continúa desarrollando esta idea de “crisis del conocimiento” en el pensamiento intelectual presente. En este importante estudio, Wallerstein comenta que las “divisiones disciplinares” de la Academia han capturado a las ciencias, en un paradigma que “adopta el supuesto” de que el conocimiento es *una certeza*, que nos sirve para explicar todo el mundo social. Dicha postura para el autor no es la más óptima, ofreciendo él a modo de propuesta, una nueva concepción de las ciencias sociales cuya metodología abre las puertas de lo que él llama “la incertidumbre”. Alejándose del determinismo y del cientificismo, como lo hicieron los comentados socialistas utópicos del siglo XIX, Wallerstein propone en este trabajo construir “nuevos sistemas” desde una visión de la realidad basada en dicha incertidumbre.

El autor ha destacado muchas veces el trabajo de Prigogine, *El fin de las certidumbres*, en el cual se describe el “trastorno epistemológico” del pensamiento científico en las ciencias duras, donde muchos científicos consideran que la “base metafísica de la física moderna” (desde Newton y Descartes en adelante) nos ha llevado “por mal camino”. Estos científicos consideran que lo esencial de la realidad es que “el universo está lleno de incertidumbres”, y por ende, “de posibilidades inmensas de creatividad”.

“Prigogine y sus colegas ponen en el centro de sus análisis la flecha de la historia, pero consideran que su camino tiene bifurcaciones sucesivas debido a las cuales es intrínsecamente imposible saber de antemano qué ruta seguirá la flecha”.

A partir de semejante diagnóstico en las ciencias duras, observa Wallerstein que el problema para los científicos sociales entonces, es que si bien conocen desde hace tiempo la famosa *flecha de la historia*, antes se la concebía como dirigida “por el Dios de la historia” hacia un objetivo

claro, “que sería el punto de culminación de la Historia con mayúscula”. Ahora bien, el problema ante la crisis de los paradigmas, es que, si existe verdaderamente una *flecha de la historia*, y esta historia no tiene certeza, “¿cómo saber qué hacer para ser útil social e históricamente? Este dilema se presenta hoy, con mucha angustia y mucha urgencia, a los intelectuales comprometidos en todas las partes del mundo.” (Wallerstein, 2005).

Wallerstein coincide con Prigogine en su teoría del caos y las ciencias de la complejidad, observando que ya no existen tantas situaciones de equilibrio. Como dice Carlos Aguirre (2003), para Wallerstein pequeñas y grandes turbulencias “ya no pueden ser reabsorbidas y generan grandes impactos”.

“Las trayectorias no son siempre predecibles. Plantea que nos encontramos ante una situación de caos y de bifurcación histórica. El azar y la creatividad juegan un papel mucho mayor del que se les ha atribuido. Las trayectorias no son linealmente progresivas, pues no marchan de lo simple a lo complejo, sino más bien del orden al caos. Las predicciones se vuelven inseguras e inciertas. Hay que sustituir correlaciones directas por causalidades múltiples y correlaciones complejas. Hay que entrar al pensamiento probabilístico, pues no hay leyes generales fatales. Se acabaron las certidumbres fuertes y seguras” (Aguirre 2003).

Wallerstein considera que la ciencia construida hasta el presente sólo se aplica a una pequeña parte del universo, y para peor, las Ciencias Sociales están en crisis por la fragmentación que ha realizado de su acervo científico, dividiendo el estudio de lo social en distintas disciplinas autónomas unas de otras. Para esto, continuando con Carlos Aguirre, la solución “no es lo *inter, pluri, multi* o *trans* disciplinario, sino lo que aglutine todo”. Por eso Wallerstein propone la construcción de nuevas y unitarias ciencias sociales-históricas, para lo cual es indispensable partir de un pensamiento epistémico crítico de todos los saberes sociales, que reconozcan la crisis, el colapso y el caos que el sistema histórico atraviesa en la presente coyuntura.

Para ello, la universidad debe plantearse un trabajo complejo, de incorporar “nuevas miradas” y apuntalando lo aprendido, pero sin miedo a re-escribir conocimientos. Para alcanzar una verdadera superación de los paradigmas epistemológicos, será esencial reconocer la existencia de la coyuntura particular de cambio como la que vivimos, y la permanencia de una pluralidad de concepciones científicas de la realidad social. Iman-

nuel Wallerstein dice en *Conocer el Mundo, Pensar el Mundo*, que “es precisamente en los períodos de transición de un sistema a otro (...) cuando la lucha humana adquiere mas significado”, y no quedan dudas, a partir de los estudios realizados por el autor desde hace más de tres décadas, que el proceso iniciado en 1973 que se extiende hasta la actualidad, es una *coyuntura* de gran transformación del sistema histórico moderno. En el mismo trabajo, Wallerstein considera que la Ciencia Social (en singular, unitaria, sin compartimientos) es el “intento de estudiar el sistema más complejo de todos”, convirtiéndose no sólo en la reina de las ciencias en la presente coyuntura, sino que en la más difícil de todas.

Toda transición genera miedos, ya que implica cambios e incertidumbres, pero también genera esperanzas. Es desde esa misma incertidumbre sobre lo aprendido, que para Wallerstein debe construirse un nuevo edificio del conocimiento.

Bibliografía

- AA.VV (1999): *EL Pensamiento Social Latinoamericano en el siglo XX*. UNESCO – Caracas.
- Aguirre Rojas, C. (1996): *Fernand Braudel y las Ciencias Humanas*. Montesinos. Barcelona.
- Aguirre Rojas, C. (2003): *Immanuel Wallerstein: Crítica del sistema mundo capitalista*. Ed. Era. México.
- Aguirre Rojas, C. (2007): *Immanuel Wallerstein y la perspectiva crítica del Análisis de los Sistemas-Mundo*. En: *Textos de Economía*, Florianópolis, v.10, n.2, jul.2007.
- Baczko, B. (1999): *Los Imaginarios Sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Boris Berenson (2004): *Historiografía Crítica del Siglo XX*. México. UNAM.
- Burke, Meter (1987): *Sociología e Historia*. Alianza Editorial. Buenos Aires.
- Castro-Gómez, S. (2007): *Michel Foucault y la colonialidad del poder*. Universidad Javeriana. Instituto Pensar.
- Castro-Gómez, S. (1999): *Fin de la modernidad nacional y transformaciones de la cultura en tiempos de globalización*; En: J. Martín-Barbero, F. López de la Roche, J.E. Jaramillo (eds.), *Cultura y Globalización*. CES - Universidad Nacional de Colombia, Santa Fé de Bogotá.
- Gandasegui, M. (2002): *El Sistema-Mundo de Wallerstein y la Transición*. En: *Revista Tareas*, no. 112. CELA, Centro de Estudios Latinoamericanos ‘Justo Arosemena’, Panama.
- Lander, E. /Comp. (2000): *La Colonialidad Del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. CLACSO. Bs As.

- Lavallén Ranea, F. (2008): *Materiales del Programa de Estudios e Investigación en Representaciones Sociales y Poder*. IDICSO – USAL. Instituto de Investigación en Ciencias Sociales. Universidad del Salvador.
- León del Río, Y.(2007): *El Debate Teórico y Práctico en torno a la Utopía. Claves del pensamiento social crítico alternativo al “Pensamiento Único”*. En: La Jiribilla. Revista de Cultura Cubana. Año VI. La Habana. 12 al 18 de Mayo de 2007.
- Mignolo, Walter (comp.): *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*. Buenos Aires: Del Signo.
- Vitarelli, M. (2007): *El sistema-mundo: un giro en la historia del pensamiento económico desde la perspectiva de Immanuel Wallerstein*. Universidad Nacional de San Luis. Argentina. En: *Encuentros Académicos Internacionales*. Universidad de Málaga. EU-MEDNE.
- Wallerstein, I. (1996): *Después del liberalismo*. Madrid. Ed. Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (1998): *Impensar las ciencias sociales*; Ed. Siglo XXI ; México.
- Wallerstein, I. y Otros (1999): *Abrir las Ciencias Sociales*. Ed. Siglo XXI. México.
- Wallerstein, I. (2001): *Conocer el Mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido, una ciencia social para el siglo XXI*, Ed. Siglo XXI. México.
- Wallerstein, I. (2005): *Las Incertidumbres del saber*. GEDISA. Mexico.
- Wallerstein, I. (2005): *El fin de las certidumbres y los intelectuales comprometidos* (Disenso, 47, octubre de 2005). En: *Portal de Pensamiento Crítico*. (www.pensamientocritico.org). 20 de noviembre de 2008.
- Wallerstein, I.(2006): *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Ed. Siglo XXI. Madrid.